

Extrait du El Correo

<http://www.elcorreo.eu.org/El-silencio-es-salud-como-llega-el-totalitarismo>

« El silencio es salud » : cómo llega el totalitarismo

- Réflexions et travaux -

Date de mise en ligne : dimanche 16 février 2020

Description :

« El silencio es salud » : cómo llega el totalitarismo. La presencia de los nazis en Argentina normalizó su ideología y debilitó las defensas democráticas de la sociedad contra las ideas totalitarias... Uki Goñi

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

Original : [« Silence Is Health » : How Totalitarianism Arrives](#)
[« Blut und Boden »Goslar, 27 nov 1938.' type="image/jpeg">](#)



Ricardo Walter Darré« Blut und Boden »Goslar, 27 nov 1938.

Los supremacistas blancos que cantaban « *sangre y tierra* » mientras marchaban por las calles de Charlottesville, Virginia, el año pasado probablemente no sabían que el principal ideólogo nazi que usó el eslogan original de [Blut und Boden](#) para promover la creación de una raza maestra alemana no era él mismo un alemán nativo. [Richard Walther Darré](#), quien proclamó la existencia de un vínculo místico entre la patria alemana y los alemanes « *racionalmente puros* », en realidad nació « Ricardo » del otro lado del Atlántico, en la próspera capital de Argentina, Buenos Aires.

Enviado por su familia de inmigrantes alemanes al Heimat para estudiar a la edad de nueve años, Darré más tarde se especializó en agricultura, la elección lógica para alguien con antecedentes argentinos en un momento en que la succulenta carne de vacuna y el abundante trigo de la pampa argentina hicieron que el país fuera reconocido como el « granero del mundo ». Durante un tiempo, durante la década de 1920, contempló regresar a Buenos Aires para seguir una carrera en la agricultura, pero eso fue antes de que sus escritos llamaran la atención del naciente Partido Nazi de Adolf Hitler. Su libro de 1930 « *Una nueva nobleza de la sangre y el suelo* », en el que propuso aplicar métodos selectivos de cría de ganado para la procreación de humanos arios perfectos, deslumbró al Führer.

Ya en 1932, Darré ayudó al líder de las SS, Heinrich Himmler, a establecer la Oficina de Raza y Reasentamiento para salvaguardar la « pureza racial » de los oficiales de las SS. El trabajo de Darré también inspiró el programa Nazi *Lebensborn* (Fuente de la vida) que premiaba a « mujeres solteras y niñas de buena sangre » que tenían hijos con oficiales de las SS racialmente puros. Hitler quedó tan impresionado con el movimiento « Blood and Soil » que en 1933 nombró ministro de agricultura de Alemania a Darré. Darré ocupó el cargo hasta 1942, cuando su archivo SS sugiere que puede haber desarrollado problemas de salud mental. (Darré fue condenado en el Juicio de los Ministros de Nuremberg por expropiar la tierra y reducir a la servidumbre a cientos de miles de granjeros polacos y judíos, y cumplió una pena de prisión ; murió de cáncer en 1953).

A pesar de identificarse como alemán, Darré parece haber conservado un punto débil para la tierra de su nacimiento. Según los informes de supervivencia, autorizó la importación de carne de pampa para el equipo argentino en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 e incluso se reunió con algunos atletas argentinos. « Era el único que hablaba bien español », me dijo su hermano Alan Darré, de ochenta y nueve años, en una entrevista en 1997, cuando estaba investigando el escape de criminales nazis a Argentina para mi libro « *The Real Odessa* ». Que las novedosas teorías raciales del movimiento *Blood and Soil* de Darré aún resuenen en las mentes de los estadounidenses de extrema derecha unos noventa años después de inspirar a Hitler es un recuerdo preocupante de cuán vulnerables son las sociedades al gusano cerebral racista y totalitario.

Para mí, esto no es una mera observación académica. Aunque nació en los Estados Unidos, donde mi padre fue enviado a la embajada argentina, esto no me convierte en ciudadano estadounidense, ya que la Decimocuarta Enmienda [excluye a los hijos](#) de diplomáticos extranjeros. Sin embargo, crecí como si fuera uno, prometiendo lealtad todas las mañanas a la bandera en el patio de recreo de la Escuela de la Anunciación en la avenida Massachusetts. Más tarde, cuando era un adulto joven en Argentina, trabajé para un periódico en inglés en Buenos Aires e informé sobre los crímenes de la sangrienta dictadura militar que gobernó Argentina desde 1976 hasta 1983. Como periodista fui testigo, primero de la erosión, y luego de la colapso total de las normas democráticas y cómo una autocracia despiadada puede movilizar temores y resentimientos populares para aplastar a sus oponentes.

Una pregunta persistente que apareció por primera vez en mi mente cuando era un periodista de veintitrés años en el *Buenos Aires Herald* ha vuelto para perseguirme últimamente. ¿Qué pasaría si los EE. UU., el país donde nací y pasé mi infancia, descendiera en espiral al tipo de vórtice totalitario que estaba presenciando en Argentina en ese entonces ? ¿Qué pasaría si los elementos más regresivos de la sociedad ganaran ventaja ? ¿Dirigirían también una guerra contra una aborrecida democracia pluralista ? La reacción violenta en los Estados Unidos hoy contra los inmigrantes y refugiados, el aborto legal, incluso la igualdad matrimonial, reaviva recuerdos incómodos de la decadencia de la democracia que precedió el descenso de Argentina a la represión y al asesinato de masa.

Posteriormente, en mi trabajo como escritor, me concentré en cómo cientos de nazis y sus colaboradores escaparon a Argentina. Esto me hizo dolorosamente consciente de cómo su presencia durante los treinta años transcurridos entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el golpe de estado de 1976 había adormecido el sentido moral de lo que entonces era una nación rica y bien educada, con consecuencias desastrosas para su gente. La convivencia forzada de los argentinos con los fugitivos nazis resultó, creo, en una normalización de los crímenes que los emigrados alemanes habían cometido. « *Vinieron a nuestro país en busca de perdón* », dijo el cardenal argentino Antonio Caggiano [a la prensa](#) cuando agentes israelíes capturaron al archirriactivo nazi Adolf Eichmann y lo exfiltraron de Argentina en 1960 para ser juzgado en Jerusalén. « *Nuestra obligación como cristianos es perdonarlo por lo que ha hecho* ».

Unos quince años después, Argentina comenzó su propio descenso al totalitarismo en toda regla, y sus militares se embarcaron en un programa de asesinatos en masa que difería en escala, aunque no en esencia, de los nazis : se estima que 30,000 personas fueron « desaparecidas » por la dictadura. Los mismos políticos y líderes religiosos que habían hecho la vista gorda ante la presencia de criminales nazis en Argentina volvieron a mirar hacia otro lado cuando los generales empapados de sangre se arrodillaron para recibir sus bendiciones en la Catedral de Buenos Aires. Gran parte de mi vida adulta ha estado obsesionada por la necesidad de responder a la pregunta de cómo esto podría haber sucedido en Argentina. Y cómo podría suceder en otro lugar.

Gracias a los dos períodos de mi padre en Washington, pasé nueve de mis primeros catorce años en los Estados Unidos. Mis recuerdos son una postal de la década *Americana* de 1950 y 1960. Un ex piloto de la Segunda Guerra Mundial vivía en nuestro callejón. Yo era un chico de patrulla en la escuela secundaria y ganaba dinero de bolsillo entregando periódicos, arrojándolos desde mi bicicleta a los jardines delanteros de los vecinos al igual que los chicos actores que ves en las películas de la época. Hubiera sido difícil encontrar a alguien con mayor confianza que mi yo joven en el sistema de valores estadounidense, incluido el rasgo estadounidense inútil de cierta ingenuidad

con respecto al mundo más allá de los Estados Unidos.

Mi primer indicio de que existía una realidad diferente llegó a los catorce años cuando aterricé en el St. Conleth's College de Dublín, cuando transfirieron a mi padre a la misión diplomática de Argentina en Irlanda. Como Argentina, Irlanda había sido neutral durante la Segunda Guerra Mundial y luego proporcionó refugio a un pequeño contingente de nazis y colaboradores. Entre ellos estaba mi maestro de francés, Louis Feutren, quien huyó de una sentencia de prisión en Francia por [haber servido](#) como un Oberscharführer de las SS durante la guerra.

Feutren aterrorizó los corazones de sus alumnos, arrojándonos cuadernos y jurando en francés a través del trozo de un cigarrillo Gauloise desafiando permanentemente la gravedad en el borde de su labio inferior sobresaliente. En lugar de escuchar historias de hazañas de guerra luchando contra los nazis del piloto estadounidense al otro lado del callejón, un ex oficial de las SS me enseñó en francés. Fue lo que llegué a interpretar retroactivamente como mi primera lección de normalización.

Esta normalización de matices totalitarios se aceleró después de que mi familia se mudó a Argentina cuando tenía diecinueve años. Para familiarizarme mejor con Buenos Aires, haría largos paseos por la capital.



« El Silencio es salud » Buenos Aires, 1974

Un día, en 1974, me encontré congelado en mis pasos en la amplia avenida 9 de Julio que divide a Buenos Aires por la mitad. En el medio de esta avenida se eleva un obelisco blanco alto que es el hito más visible de la ciudad, y en esos días se había suspendido una valla publicitaria giratoria a su alrededor. Daba vueltas y vueltas girando la pantalla e inscritas sobre ella en grandes letras azules sobre un fondo blanco liso estaba el eslogan « *El silencio es salud* ».

Con cada giro, la cartelera educaba a los argentinos a la censura total y a la supresión de la libertad de expresión que la dictadura pronto impondría. El mensaje de la cartelera fue una creación de [Oscar Iván Ivissevitich](#), el reaccionario ministro de educación de Argentina, aparentemente para advertir a los automovilistas contra el uso excesivo de la bocina. [Su otra misión](#) fue una « purga ideológica » de las universidades argentinas, que se había convertido en un foco de activismo estudiantil. Durante un período ministerial anterior, en 1949, Ivissevitich había dirigido una amarga campaña contra la tendencia « mórbida ... perversa ... impía » del arte abstracto, recordando la invectiva de los nazis contra el arte « degenerado ». Durante ese período, su hermana y su sobrino estuvieron involucrados en el contrabando de nazis a Argentina.

La cartelera publicitaria orwelliana de Ivanissevich hizo su aparición justo cuando la violencia de la derecha estalló en la construcción del golpe militar. Ese mismo año, 1974, Ivanissevich había designado como rector de la Universidad de Buenos Aires a un conocido admirador de Hitler, Alberto Ottalagano, [quien tituló](#) su posterior autobiografía « *Soy fascista, ¿y qué ?* ». Su trabajo consistía en deshacerse del tipo de jóvenes manifestantes de izquierda que se reunieron frente al Hotel Sheraton exigiendo que se convirtiera en un hospital para niños, y se animó a la tarea de perseguirlos y expulsarlos. Ser señalado por él era más que una mera cuestión de disciplina académica ; unos quince de estos estudiantes fueron asesinados por escuadrones de la muerte de derecha mientras que Ottalagano era rector.

Como extraño parcial en mi propia tierra, noté lo que aquellos que ya habían sido normalizados no podían : esta era una población habituada a la intolerancia y la violencia. Dos años después, el eslogan de Ivanissevich hizo una reaparición macabra. En el sótano del campo de exterminio de la dictadura con sede en la Escuela de Mecánica de la Armada (conocida como ESMA), donde unas 5.000 personas fueron exterminadas, los oficiales colgaron dos pancartas a lo largo del corredor que se abría a sus celdas de tortura. Uno leyó « Avenida de la felicidad », el otro « El silencio es salud ».

Comprender a los aspirantes a totalitarios requiere comprender su visión de sí mismos como víctimas. Y en cierto sentido, son víctimas de su miedo ilusorio a los demás, los nebulosos y amenazantes que atormentan su imaginación febril. Esto es algo que vi repetido en las muchas entrevistas que realicé tanto con los perpetradores de la dictadura argentina como con los nazis ancianos que habían sido contrabandeados en las costas argentinas tres décadas antes. (Mis entrevistas con este último [están archivadas](#) en el Museo Conmemorativo del Holocausto de EE. UU. En Washington, DC) Sus temores eran, en ambos casos, irracionales dado el dominio inexpugnable de los militares en Argentina y de los nazis en Alemania, pero eso no tenía ninguna importancia a mis entrevistados.

Debido a que mi método era otorgarles el respeto y la paciencia a los que se sentían con derecho (aunque eso era difícil para mí), a veces parecían darse cuenta brevemente de que se habían convertido en anfitriones dispuestos a delirios violentos. Hacerles admitir que, plena y conscientemente, era otro asunto. La quimera de un enemigo poderosamente maligno, responsable de todos sus males percibidos, hizo que las realidades complejas y ambiguas fueran comprensibles al reducirlas a simplicidades maniqueas. Estas personas eran totalitarios no solo porque creían en el poder absoluto, sino también porque sus patrones de pensamiento binarios admitían solo explicaciones totales.

El ejército argentino y una gran cantidad de civiles con ideas afines eran especialmente propensos a temer una amenaza existencial poco definida pero existencial. La cultura juvenil de la década de 1960, la revolución sexual, las protestas estudiantiles de la década de 1970, todos alarmaron sus corazones. Que una generación más joven cuestionara sus creencias religiosas fuertemente arraigadas, desafíe sus costumbres sexuales hipócritas y proponga soluciones políticas alternativas parece positivamente blasfemo. Los militares se propusieron revertir violentamente estas tendencias y proteger a la Argentina de la marea creciente de la modernidad. Para hacerlo, idearon un plan de aniquilación sistemática dirigido especialmente a los jóvenes argentinos. No fue solo una lucha ideológica, sino una guerra generacional : alrededor del 83 % de las aproximadamente 30 000 víctimas fatales de la dictadura tenían menos de treinta y cinco años. ([Un número desproporcionado](#) también eran judíos).

Los líderes de la dictadura, nacidos en la década de 1920, habían comenzado sus carreras militares durante la Segunda Guerra Mundial en un país que era exteriormente neutral pero secretamente simpatizante del lado de Hitler. Para las mentes retorcidas de estos ultranacionalistas, Hitler estaba preparando el camino para un « *Nuevo Orden Cristiano* », del cual Argentina formaría parte gloriosamente. « *El hitlerismo es, paradójicamente, la puerta de entrada al cristianismo* », proclamó el sacerdote antisemita Julio Meinvielle, quien ejerció una fuerte influencia en el ejército, en su libro de 1940 « [Hacia la cristiandad](#) ». Una vez que Hitler había vencido al comunismo y al capitalismo, considerados encarnaciones igualmente malvadas de materialismo impío, la Iglesia podría intervenir y presidir un mundo limpio. « *Ese es precisamente el gran servicio que, sin saberlo y sin querer, el Eje está*

proporcionando a la Iglesia », concluyó Meinvielle.

La simbiosis entre Iglesia y Ejército se hizo tan fuerte en Argentina, que en 1944, la Virgen María [fue elevada](#) al rango de general. Las ceremonias militares que celebraron su promoción se llevaron a cabo en toda las iglesias de Argentina. Incluso en 1950, los oficiales militares se esforzaron por decorar una estatua de la Virgen más grande que la vida fuera de la Catedral de Buenos Aires con una faja de general. Bautizados en tales aguas, los generales que, en la década de 1970, liderarían la dictadura, afirmaban temer, sobre todo, la caída de Argentina al comunismo. « En respuesta a la corrupción, el caos, la indisciplina moral y el peligro real de desintegración nacional en el que se encontraba nuestro país, las Fuerzas Armadas asumieron el poder político hace seis meses para restaurar el orden subvertido », un anuncio de propaganda televisiva para la posterior junta. proclamado sobre la imagen de un mapa de Argentina siendo destruido.

Tal fue la paranoia sobre una adquisición al estilo cubano que una amplia franja de la sociedad argentina recibió la intervención de los militares con gusto. En realidad, eran tan delirantes en sus temores como lo eran las guerrillas de izquierda en sus ambiciones. Por su parte, las cabezas de los jóvenes rebeldes ardieron con ideas de « la imaginación al poder » tomadas de las manifestaciones estudiantiles de París en mayo de 1968. Su amenaza a la estabilidad del estado nunca fue más allá de algunas hazañas que ocuparon los titulares : el secuestro de extranjeros, hombres de negocios o el tiroteo de oficiales militares. Su insurgencia nunca fue una amenaza seria para los gobiernos democráticos de Juan Perón, quien murió en el cargo en 1974, y su viuda Isabel Martínez, que sucedió a su esposo como presidente.

Con la oportunidad brindada por el movimiento guerrillero, los militares intervinieron, depositando al ineficaz Martínez y proclamándose los salvadores de la Nación. Las fuerzas de seguridad estaban encantadas de ser liberadas de las restricciones de la legalidad. Con el Congreso cerrado y la prensa murmurando, rápidamente organizaron escuadrones de la muerte, que no son responsables ante nadie. La vista de los Ford Falcon sin marcas pero característicamente verdes conducidos a una velocidad vertiginosa por las calles de Buenos Aires con ametralladoras apuntando por sus ventanas fue al principio aterradora. Como muchas otras cosas después del golpe, la vista de estos pronto se volvió tan común que desapareció de la vista consciente.

Fue en estos años en Argentina que aprendí cuán rápido se puede quitar la apariencia de legalidad de una sociedad. En 1977, un año después de la dictadura, me uní al *Buenos Aires Herald* , un pequeño periódico en inglés que era el único medio de noticias que informaba sobre los crímenes del régimen. « Tuve el privilegio de hablar mientras todos los demás guardaron silencio », dice el entonces editor del *Herald*, [Robert Cox](#), un británico que ahora vive en Charleston, Carolina del Sur. No fue el hecho de que fuera británico o de que su periódico tuviera una circulación limitada lo que permitió a Cox imprimir lo que los otros periódicos no harían. Era simplemente que no podía guardar silencio sobre la carnicería que estaba presenciando. A diferencia de muchos argentinos, no había sido insensible al hecho crecer entre fugitivos nazis ; en cambio, había sido criado en tiempos de guerra en Londres entre los escombros de los edificios destruidos por las bombas y cohetes de Hitler.

Pero había un precio que pagar por el privilegio del que habla Cox. Al regresar a casa desde mi primer día de trabajo, vi a tres policías vestidos de civil, inconfundibles a pesar de su cabello hasta los hombros, chaquetas de cuero y pantalones pata de elefante, dejando el edificio de mi departamento con una bolsa de cuero de la cual había un carrete de cinta de grabación visible. La policía secreta había tocado a mi teléfono, el portero del edificio me lo susurró. Un Ford Falcon verde estaba estacionado al otro lado de mi calle.

El discreto aviso del portero de mi edificio fue inusual ; Era mucho más común que las personas se burlaran de sus vecinos, y esto fue, por supuesto, alentado por los militares. En diciembre de 1979, Cox fue forzado al exilio, junto con su esposa argentina y sus cinco hijos nacidos en Argentina, luego de recibir amenazas que revelaban un conocimiento detallado de las rutinas diarias de su familia. Hasta el día de hoy, la familia Cox sigue convencida de

que fue un conocido cercano quien proporcionó la información a la dictadura. La transformación de amigos en informadores es una característica definitoria de los regímenes totalitarios.

Si quieres saber qué sustenta la violencia totalitaria en una sociedad, la psicología es probablemente más útil que el análisis político. Entre la élite, el apoyo a la dictadura fue entusiasta. « *Fue visto como una especie de error social hablar de 'desaparecidos' o de lo que estaba sucediendo* », dice Raymond McKay, un compañero periodista del *Buenos Aires Herald*, en « [Messenger on a White Horse](#) », un documental de 2017 sobre el periódico. « *Fue visto como mal gusto porque la gente no quería saber* ».

Aquellos que han vivido toda su vida en democracias en funcionamiento pueden tener dificultades para comprender la facilidad con que las mentes pueden ganarse al lado oscuro totalitario. Suponemos que tal pasaje requeriría una persuasión lenta y laboriosa. No es así. La transición del día a la noche es asombrosamente rápida. A pesar de lo que muchos suponen, la convivencia civilizada en una cultura de tolerancia no siempre es la norma, ni siquiera universalmente deseada. La democracia es un estado de cosas fácilmente ganado y revertido del que muchos anhelan secretamente ser liberados.

Para que no haya dudas sobre su intención, la dictadura se tituló a sí misma el « Proceso de reorganización nacional ». Se quemaron libros. Los intelectuales se exiliaron. Al igual que los inquisidores medievales, la dictadura se proclamó a sí misma «en discursos ardientes que escuché en las [conspiraciones](#) de los populistas y nacionalistas estadounidenses de hoy» librar una guerra para salvar a la « *civilización occidental y cristiana* » del olvido. Tal guerra, por definición, incluía la aniquilación física de las mentes infectadas, incluso si no habían cometido ningún delito.

Otra característica horrible del totalitarismo es cómo se mete con los elementos más débiles de la sociedad, los inmigrantes y los niños. El programa *Lebensborn*, inspirado de Darré, incautó a niños de aspecto ario de los territorios ocupados por los nazis, separándolos de sus padres y criándolos como alemanes « puros » en los hogares de *Lebensborn*. En la década de 1970, Argentina, el ejército ideó un programa similar. Había una gran cantidad de mujeres embarazadas entre los miles de jóvenes cautivos en los campos de exterminio de la dictadura. Matarlos mientras cargaban a sus bebés era un crimen que ni siquiera el ejército argentino podía cometer. En cambio, mantuvieron a las mujeres vivas como incubadoras humanas, asesinándolas después de dar a luz y entregando sus bebés a parejas militares temerosas de Dios para que las criaran como propias. Una sociedad que separa a los niños de sus padres, por cualquier razón, es una sociedad que ya está en camino hacia el totalitarismo.

Esta práctica atroz inspiró en parte el libro de 1985 de Margaret Atwood « *The Handmaid's Tale* ». « *Los generales en Argentina estaban tirando a la gente desde aviones* », dijo Atwood [en una entrevista](#) con *The Los Angeles Times* el año pasado. « *Pero si se tratara de una mujer embarazada, esperarían hasta que ella tuviera el bebé y luego se lo darían a alguien de su sistema de comando. Y luego arrojaron a la mujer fuera del avión.* »

Esta fue la última venganza de los hombres mayores temerosos de una generación rebelde más joven. No solo destruirían a su enemigo percibido, sino que los hijos de ese enemigo serían criados para convertirse en ciudadanos modelo que obedecen a la autoridad contra los cuales sus padres biológicos se habían rebelado. Se estima que de este modo se tomaron unos quinientos bebés de sus madres asesinadas, aunque hasta el momento solo [se han encontrado](#) e identificado 128 mediante pruebas de ADN. No todos ellos han aceptado la reunificación con sus familias biológicas.

Para muchos argentinos, entonces, el ejército no representaba una subyugación a un gobierno arbitrario, sino una liberación de las frustraciones, la complejidad y los compromisos del gobierno representativo. Una gran parte de la sociedad estrechó con alegría la mano extendida de la certeza totalitaria. La vida se simplificó repentinamente por la conformidad con un solo poder incontestado. Para aquellos que aprecian la democracia, es necesario comprender el

deleite secreto con el que muchos saludaron su fallecimiento. Una solución rápida a la insurgencia parecía infinitamente preferible a investigaciones pesadas, arrestos parciales y juicios legales caso por caso. Alentado por el miedo irracional a una toma del poder comunista, esta impaciencia ganó el día. Y una vez que Argentina haya aceptado la necesidad de una solución única y absoluta, el asesinato podría comenzar.

Que los guerrilleros no hubieran podido ocupar ningún territorio durante un período de tiempo apreciable fue un hecho ignorado alegremente. La ilusión prevaleció sobre la realidad. El héroe revolucionario más famoso de Argentina, Ernesto « Che » Guevara, que había luchado junto a Fidel Castro en la verdadera revolución cubana, había sufrido una muerte ignominiosa en las selvas de la vecina Bolivia años antes sin provocar ningún tipo de insurrección. Pero eso no calmó el abrumador temor de que una banda de revolucionarios armados, de algún modo, milagrosamente, marcharan hacia Buenos Aires y convirtieran a la Argentina en una segunda Cuba. La « *conspiranoia* » de los generales de Argentina está bien ilustrada por un informe de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, basado en conversaciones con los militares sobre la salida forzada de Cox en 1979 [1] :

Antisemitas viciosos, estos individuos están convencidos de que Cox es en espíritu, y quizás de hecho, judío. (No lo es). Muchas de las amenazas recientes a Cox tenían elementos abiertos o implícitos de antisemitismo. Para ellos, Cox es un símbolo del liberalismo. Para estos hombres, el liberalismo es la doncella del comunismo y el protector del terrorismo. La enérgica defensa de los derechos humanos de Cox lo condenó a sus ojos de ser un liberal.

Como bien entendieron los diplomáticos estadounidenses, la verdadera guerra militar no fue contra la quimera de una amenaza comunista, sino contra el liberalismo. Era un odio venenoso similar al importado por los nazis que habían encontrado refugio seguro en Argentina. Cuando comencé a investigar el escape nazi hacia Argentina, buscaba formas en que su presencia pudiera haber inspirado directamente los crímenes de la dictadura. Al final resultó que no encontré ningún punto de contacto físico ni evidencia de vínculos directos : no había oficiales de las SS que estuvieran torturando a jóvenes prisioneros en las mazmorras de la Argentina durante la década de 1970. Cada país produce su propio tipo de totalitarios asesinos.

Sin embargo, lo que descubrí fue que la presencia de los nazis en Argentina normalizó su ideología y debilitó las defensas democráticas de la sociedad contra las ideas totalitarias que representaban. Ver banderas nazis desfilando por las calles de Charlottesville el año pasado, verlas nuevamente en Washington, DC, este año, me hacen darme cuenta de lo diferente que es lo Estados Unidos de América de hoy del país donde nací y crecí. Me hace darme cuenta de lo avanzado que ya está esa normalización en los Estados Unidos.

Uki Goñi* para [The New York Review of Books](#)

["The New York Review of Books". Buenos Aires, 20 de agosto de 2018.](https://www.nybooks.com/daily/2018/08/20/silence-is-health-how-totalitarianism-arrives/)

*Uki Goñi es periodista, investigador y autor argentino con sede en Buenos Aires. Sus reportajes han aparecido en *The Guardian*, *The New York Times* y la *Time Magazine*. Es autor de « La auténtica Odessa : el contrabando de nazis a la Argentina de Perón » (2002). (Agosto 2018). Sigue a Uki Goñi en Twitter : @ukigoni.

Traducción del Inglés para [El Correo de la Diáspora](#) de : Carlos Debiasi

[El Correo de la Diáspora](#). París, 12 de febrero de 2020

[\[Licencia Creative Commons\]](#)

Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons](#). Atribución según los términos Sin modificación - No Comercial - Sin Derivadas 3.0 Unported. Basada en una obra de www.elcorreo.eu.org.

[1] « [The military wished us to know enough to discipline our behaviour, so they committed their crimes literally right under our noses](#) »